

HOMILIA MONS. RAFAEL ZORNOZA, OBISPO DE CADIZ Y CEUTA EN LA
INAUGURACION DEL CURSO EN EL CENTRO DE ESTUDIOS SAN
BARTOLOME DE CÁDIZ.

Cádiz, 13 de octubre de 2022

Queridos hermanos sacerdotes, rectores de los seminarios, profesores y alumnos del Centro de Estudios San Bartolomé de Cádiz y sus centros asociados:

Con la misa del Espíritu Santo inauguramos un nuevo curso académico en nuestro Centro de Estudios Teológicos de San Bartolomé de Cádiz y sus centros afines. Invocamos, por tanto, al Espíritu de Dios para que oriente nuestras vidas y, sobre todo, nuestra actividad académica y sapiencial, por la senda del Evangelio. Abrimos nuestro corazón a la gracia de Dios para que nos llene de sus dones y abundemos en sus frutos. De este modo se cumplirá el deseo de Dios que nos prepara instruyéndonos para que seamos evangelizadores en esta Iglesia en permanente misión. Desde el comienzo del nuevo curso manifestamos nuestra gratitud y acción de gracias por los dones recibidos en nuestra formación y por este centro de estudios que nos ampara y dispone lo necesario para nuestra formación.

Hoy invocamos especialmente los *dones del Espíritu Santo*, principalmente los que hacen referencia a la *sabiduría, el entendimiento, la ciencia* y a la *fortaleza*, porque creemos y confiamos en el auxilio divino por encima de nuestros buenos deseos y propósitos, aunque a veces optemos por seguir nuestros propios criterios y planteamientos. Por eso, conscientes de que, para dar frutos abundantes tanto en el plano personal de nuestra vida cristiana como en el ámbito de nuestros ministerios y tareas de apostolado, necesitamos permanecer unidos a N.S. Jesucristo como los sarmientos a la vid (cf. Jn 15,4).

Los Hechos de los Apóstoles testimonian poderosamente el papel decisivo del Espíritu Santo en la difusión de la fe y en el crecimiento de la Iglesia. Es un libro empapado de la claridad y el vigor del Espíritu de Dios que habla y actúa en sus páginas relatando los inicios de la Iglesia naciente. Una penetrante alegría impregna el conjunto de la narración desde que Pentecostés marca la trayectoria de su vida. Es la alegría que procede del Espíritu, inspirador de una certeza inamovible sobre el origen divino de la Iglesia, y causa de los acontecimientos extraordinarios que acompañan a los predicadores del Evangelio. La iglesia entera con los apóstoles se dirige al mundo para anunciar la salvación de Cristo, Redentor de los hombres. La misión de la Iglesia abraza al mundo y lo ilumina con la fe.

No podemos prescindir del contexto actual del mundo: la crisis económica y sus consecuencias sociales; así como la guerra que estamos viviendo dentro de los límites de Europa que nos hacen ver cómo regresan dinámicas y amenazas que creíamos superadas. Tenemos motivos de preocupación, ciertamente, pero el Señor, como en el evangelio que hemos leído (Jn 20, 19-23), se pone en medio de nosotros y nos dice «Paz a vosotros». El amor de Dios ha vencido al miedo y como creyentes estamos llamados a aportar esta certeza y convicción de que la paz del

Resucitado es la palabra definitiva. Pidamos que la profundidad de nuestra fe y el conocimiento del hombre que nos proporcionan las ciencias humanas y la revelación aliente nuestro deseo de llegar a todos para mostrarles el camino de la vida y de la fraternidad por el que el Hijo de Dios ha venido a buscarnos.

Nuestro centro de estudios podría titularse: *Aula Dei*, como reza el frontispicio de algunos centros de estudio. *Aula Dei* ha de ser el recinto donde se anuncie y estudie la Palabra de Dios, la que da sentido a la vida, la se explica en la homilía, la que se debe acoger y asimilar en la plegaria comunitaria y en el coloquio silencioso del discípulo que quiere escuchar al Divino Maestro, Jesucristo, que, en palabras del Concilio Vaticano II, “*se hace siempre presente a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica*” (SC 7). Uno de esos modos, como sabéis, se realiza en la proclamación de la Palabra.

A cuantos enseñáis aquí y cuantos venís a aprender os ha llamado el Señor por medio de la Iglesia. A los profesores para que ejerzáis una función que, en términos generales, Él mismo realizó en su vida mortal confiándola después, en cuanto a su específico objeto y realidad, a los apóstoles y sus sucesores y sus colaboradores, todos los ministros de la palabra, de modo que siga hablando el Señor a través del *munus docendi* de la Iglesia. Y a los alumnos porque, además de formaros y enriqueceros actualmente, estáis llamados también a ejercer un día el ministerio de la palabra en todas sus formas. Que experimentemos la llamada de Dios y en encargo de que una misión de tanto valor ha de ser la motivación permanente para estudiar, profundizar, prepararse con profundidad y excelencia. Es ya, desde ahora, una acción pastoral, un apostolado en ciernes que condicionará sin duda la calidad de nuestra entrega y la posibilidad de dar frutos. Esta doble realidad debe estar presente tanto en los profesores como en los alumnos: podéis sentiros llamados con una especial vocación, la de escrutar, investigar y sobre todo conocer a fondo lo que conocemos como los *misterios de la fe y la vida espiritual y moral*. Debéis, además, responder con la totalidad de la entrega que merece la respuesta a quien con tanto amor cuenta con vosotros.

Esta es ahora vuestra vocación y misión. Para esto habéis sido llamados y no de una manera circunstancial o por casualidad, sino porque el Señor os ha elegido. No vivimos tiempos fáciles, como sabéis perfectamente. Pero esta realidad, lejos de desanimaros, puede y debe convertirse en un reto y en un estímulo para todos, formadores, profesores y alumnos, porque nos muestra la humanidad y el mundo que el Señor quiere redimir. Que cada uno con su lenguaje, con su saber y entender ha de hacer entender el mismo mensaje –como describe el pasaje de Pentecostés que hemos escuchado en la primera lectura (Hch 2,1-11)–. La luz y la gracia del Espíritu Santo no os faltará, como tampoco el aliento y el apoyo de toda la comunidad diocesana, empezando por la de vuestro obispo. Con esta esperanza comenzamos, contando con la poderosa intercesión de la Santísima Virgen María, Trono de la Sabiduría, Madre fiel que guardaba en su corazón los misterios de Dios.

La experiencia de la sinodalidad a la que nos invita el Santo Padre nos introduce en una mayor entrega al servicio de la comunión y del discernimiento. No

debemos arredrarnos ni retroceder en nuestra misión de ser testigos valientes de Jesucristo, antes bien, habremos de avanzar en la experiencia de la unidad de mentes y corazones en el interior de la Iglesia Diocesana, en la experiencia de «la Comunión», inseparable de «la Comunión Católica» que preside el Obispo de Roma, el Papa Francisco. Hoy se pone a prueba la firmeza y la claridad de nuestra fe en Cristo, el único Salvador del hombre, la fortaleza de nuestra esperanza y la voluntad del seguimiento y cumplimiento fiel del mandamiento evangélico del amor.

En esta difícil y compleja hora histórica hay que orar, y orar mucho, por la Iglesia y sus Pastores, por los consagrados y las consagradas, por las familias, por los jóvenes y los niños... para que sepamos mantenernos como «la luz» y «la sal» de la nueva tierra, es decir, como testigos de la esperanza verdadera para todos los que sufren en el alma o en el cuerpo: para toda nuestra sociedad tantas veces vacilante, escéptica y deprimida.

Pedimos la luz del Espíritu Santo en esta Eucaristía para cumplir con nuestra sagrada misión, para el bien de la Iglesia y de toda la sociedad. Que el Señor conceda a nuestra querida diócesis la sabiduría de anunciar el Evangelio.

Que el Espíritu Santo, a quien invocamos especialmente, nos llene de sus dones para abundar en sus frutos y, con santidad de vida, sepamos discernir para seguir a Cristo como discípulos santos hasta la entrega de la vida. Amen.